

## LIBRO SEGUNDO

### LA MONARQUÍA DE JULIO

#### PARTE PRIMERA

EL DECENIO DE 1830 Á 1840

#### CAPITULO PRIMERO

##### LOS EFECTOS DIRECTOS DE LA REVOLUCION DE JULIO

###### FRANCIA (1)

El gran ensayo de conciliar la monarquía por la gracia de Dios con el sistema constitucional representativo, las clases privilegiadas amoldadas al patron anterior al año 1789 con la clase media moderna, habia resultado de imposible realizacion y habia venido á parar en la trasformacion de la Carta otorgada á la nacion por la generosa voluntad del monarca de derecho divino, en un pacto bilateral entre el monarca y el pueblo soberano. Por sexta vez en un período de menos de cuarenta años acababa de ver la Francia derrumbado un gobierno y establecido otro por medio de la fuerza bruta. El trono de los Borbones se habia hundido sin gloria ante la insurreccion de la capital, y la debilidad de la resistencia habia ahorrado á los vencedores la necesidad de acudir á recursos extremos para ser luego acusados de crueles y vengativos, como no puede menos de suceder en las luchas civiles, cuando la victoria es disputada con teson. La clase media arrebató en el momento mas oportuno el premio de la jornada á los que lo habian ganado arriesgando su vida, es decir, á los obreros, los soldados veteranos y á los estudiantes; y señora del campo sin haber luchado, puso tambien término al movimiento cuando le pareció oportuno. Con inesperada prontitud quedó restablecido el orden y el país confirmó la obra de la capital. El único temor que asaltó á la Francia en los primeros momentos, á saber, la actitud que tomara el ejército en Africa, desapareció luego, porque el almirante Duperré no quiso apoyar el proyecto del general Bourmont, de regresar á Francia con las tropas leales y levantar otra vez la bandera borbónica. El mismo Bourmont reconoció, sin aplaudirlo, el nuevo orden de cosas, y unos 150 oficiales se retiraron á la vida privada. El nuevo gobierno pudo organizarse sin ser molestado. Compuesto provisionalmente y á toda prisa de elementos muy varios, fué consolidando luego, conforme

(1) Todos los historiadores franceses del reinado de Luis Felipe son mas ó menos parciales. Nouvion, *Histoire du règne de Louis Philippe I* (1857-1861), lo es en favor, y L. Blanc, en su *Histoire des dix ans*, en contra. Muy por encima de uno y otro está Hillebrand en su obra *Historia de la monarquía de julio*, escrita en aleman y cuya segunda edicion fué publicada en 1881.

lo exigian el interés del país, la satisfaccion debida á los partidos vencedores y la política extranjera. Jourdan cedió la cartera de Negocios extranjeros al conde de Molé, hombre de Estado de experiencia, y la de Instruccion y Cultos fué confiada al duque de Broglie. A fin de que la máquina del Estado funcionase con facilidad y precision y la nueva direccion pudiese contar con la perfecta obediencia y buena voluntad del personal alto y bajo, era indispensable un expurgo minucioso en los empleos, desde los funcionarios mas encumbrados hasta los mas humildes, sin exceptuar los alcaldes. Esto, y mas todavía el hambre de empleos del partido vencedor, dió lugar á la eliminacion de 84 consejeros de Estado, 76 prefectos, 196 subprefectos, mas de 300 fiscales, etc. Del ejército aseguróse el gobierno despidiendo á 130 jefes, y disolviendo la guardia de corps y los cuatro regimientos suizos. Las vacantes de la cámara de diputados, causadas por la renuncia de 52 legitimistas y la anulacion de 18 elecciones, fueron llenadas por nuevas elecciones; la cámara de los pares, que antes tenia 364 individuos, á consecuencia de expulsiones, renunciaciones voluntarias y resistencia á prestar juramento al nuevo gobierno, quedó reducida desde luego á 189. A la hostilidad feroz entre el gobierno y la cámara de diputados sucedió una inteligencia cordial, porque por ambas partes se trabajaba en una misma obra y si bien se dibujaban en la cámara dos partidos, el del movimiento y el de la resistencia ó estacionario, este último no se habia convertido todavía en una oposicion organizada, ni mucho menos exacerbada por apasionadas luchas. Con aprobacion unánime fué levantado el destierro de los llamados regicidas y anulada la ley de sacrilegios, y los delitos de imprenta fueron sometidos otra vez á un jurado.

La embriaguez del triunfo, el sincero deseo de gozar en paz del fruto de la revolucion efectuada, no podian ser durables, y la realidad brutal, con sus tristezas y luchas, no tardó en acallar el entusiasmo. La paralización instantánea del movimiento industrial y mercantil, una serie de gastos imprevistos é ineludibles; cien millones para dar trabajo al proletariado, treinta millones para socorrer al comercio de Paris á fin de evitar catástrofes, siete millones para recompensas nacionales á los que habian combatido contra el régimen caído, y finalmente la rebaja del impuesto sobre las bebidas, que causó una merma de treinta millones en los ingresos, desequilibraron la hacienda, y para acudir á su socorro fué menester vender bienes nacionales por valor de cien millones.

La paralización de los negocios arrojó á la calle un gran número de trabajadores, y á la dificultad de volver á la obediencia á las masas, que acababan de probar sus fuerzas de pueblo soberano, se agregaron las declamaciones de los demagogos en las reuniones políticas y sociedades secretas, y la indignacion de los que habian creído luchar por la república y se llamaban á engaño en términos muy teatrales. La ley se mostraba por su propia debilidad forzosamente tolerante, y cómo no serlo cuando un orador principal de la *Sociedad de los amigos del pueblo* pudo dirigir impunemente al tribunal estas palabras desde el banco de los acusados? «¡Jueces de Carlos X, declaraos incompetentes! El pueblo os ha despojado de la toga y ha devuelto la libertad á vuestras victi-

mas. Si el rubor no os lo impide, condenadme, pero yo no puedo rebajarme hasta el punto de someteros mi justificacion, que vuestro pasado os incapacita para comprender.»

La excitacion contra el régimen caído era naturalmente grande y difícilísima de calmar instantáneamente. El pueblo pedia cuando menos las cabezas de Polignac, Peyronnet, Chantelauze y Guernon-Rainville, los ministros presos del rey destronado, y para salvarles la vida no vió la cámara de diputados otro medio mas que pedir al rey la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. A pesar de esto las masas furiosas se dirigieron el 17 de octubre á Vincennes, donde estaban los presos, pero los salvó el comandante de la plaza, Daumesnil, veterano respetable é inválido



Vivac de la guardia nacional en el patio del Louvre, en la noche del 22 de diciembre de 1830.

Copia de un grabado en acero por Thibault, tomado del cuadro original de Gassies que se encuentra en la galeria histórica de Versalles

que arrojando el peligro arengó á la multitud, sedienta de sangre, y consiguió evitar á la revolucion el borron mas negro.

Tan difícil se presentó el problema de contener el espíritu revolucionario desencadenado que el ministerio se dividió, y los ministros mas moderados, á saber, Guizot, Broglie, Louis, Perier y Dupin, dimitieron en 30 de octubre. Tres dias despues Lafitte formó un ministerio nuevo. Este vanidoso banquero, cuya posicion mercantil empezaba á estar muy en peligro, como jefe del partido de oposicion que habia derribado del trono á Carlos X, como uno de los principales padrinos de la dinastía orleanista y atendida su gran popularidad, no habia podido eximirse de aquella mision espinosa, y si bien carecia de todo talento para el gobierno, sobraba la vanidad. Así dejó gobernar en su lugar á su secretario Thiers. El jóven y flexible conde de Montalivet se encargó, con gran satisfaccion del rey de la cartera del Interior ó de gobernacion y pocas semanas despues el general Sebastiani

aceptó el ministerio de Negocios extranjeros y el mariscal Soult el de la Guerra.

Este cambio de personal, que tenia toda la apariencia de una concesion hecha al partido revolucionario no podia restablecer el respeto á la ley ni devolver á la gente pacífica la tranquilidad y el sentimiento de seguridad. El entierro de Benjamin Constant, que murió en 8 de diciembre y á quien las cámaras decretaron grandes honores destinando á su cadáver un puesto en el Panteon, fué una ocasion para hacer demostraciones patrióticas y ruidosas, sobre todo para los estudiantes, ya muy envalentonados con las alabanzas que habian merecido por su valor en los dias de lucha, pero esto pasó sin ulteriores consecuencias. Lo que sobrecitó mas á la multitud fué la causa que la cámara de los pares formó á los ministros presos principalmente á Polignac, de cuya defensa se encargó Martignac á solicitud del acusado (1). Mas que

(1) Véase E. Daudet, *Le ministre de Martignac*, 1875, pág. 356.

costó á Luis Felipe hacerle desistir de su empeño; bastó para esto alentar por via de represalias á los españoles refugiados en Francia, como Martínez de la Rosa, Isturiz, Mendizábal y otros jefes liberales, á organizar una intentona de invasion. El comportamiento complaciente y pacífico, tan inesperado, de las tres grandes potencias continentales, no le permitió hacer mas; pero el preliminar bastó para aterrorizar á Fernando, que se dió prisa á reconocer á su primo. No hubo tiempo para avisar á los liberales españoles del súbito cambio de actitud del gobierno español y del consiguiente cambio de la política del francés. Verificóse la invasion, pero con un éxito lamentable por disensiones entre los jefes (1).

La docilidad de los soberanos ante la fuerza de las circunstancias bastó para conservar la paz internacional, pero no para impedir que en muchos países se turbara la interior por los mismos pueblos, entusiasmados y alentados por el ejemplo del francés, si bien este se abstuvo completamente de toda propaganda en el extranjero ni pensó en conquistas como en 1789. El huracán que en Francia arrancó de cuajo la antigua dinastía, esparció las semillas de la libertad por los países vecinos hasta muy adentro del continente, donde germinaron ó no segun la posición y grado de cultura de los pueblos. El primer movimiento liberal empezó á manifestarse, pugnando contra la espesa capa de hielo con que los gobiernos, la costumbre y la índole de raza tenían oprimidos á muchos pueblos. El milagro estupendo operado por la nación francesa de haber realizado tan gran revolucion en tres días, juntamente con la moderación y nobleza mostradas despues de la victoria, despertó en todas partes una fe, hasta entonces desconocida, en la fuerza irresistible de la voluntad del pueblo, y comenizóse á sentir por primera vez ó á resentir, nuevo dolor, segun los pueblos, el peso de las cadenas que impedían sus movimientos. Desde el Escalda hasta el Vístula y desde el Tiber hasta la Turingia, y en las mismas islas Británicas se sintieron las vibraciones emanadas de París. En diferentes puntos de Italia y Alemania tradujéronse en movimientos populares, y en Bélgica y Polonia adquirieron grandes proporciones; pero en todas partes llamaron la atención de los gobiernos de tal suerte que no pudieron pensar en hostilizar á la Francia ni á su rey.

#### BÉLGICA (2)

El primer efecto de la conmoción francesa se sintió en los Países-Bajos. Los sapientísimos varones del congreso de Viena habian creído erigir un baluarte firmísimo contra la repetición de los caprichos de conquista de los franceses con la union de la Bélgica y de la Holanda bajo el cetro de la casa de Orange, sin que les ocurriera, ni remotamente, que pudiera dar quehacer la monstruosidad de encadenar juntas dos poblaciones completamente distintas por su origen, idioma, historia, religion y condiciones económicas. Ni siquiera supieron aquellos diplomáticos escoger la simple union personal para estos elementos heterogéneos, sino que aplicaron sin preámbulos ni consideración la constitucion holandesa del 30 de marzo de 1814 á la Bélgica, y solo convinieron en que se hicieran las modificaciones indispensables por una asamblea de notables belgas que á este fin se convocaria,

(1) No, sino por la conducta falaz del gobierno francés, que cuando ya estaban en España les retiró los auxilios que al excitarles á la sublevacion les habia prometido y dejó despues que fuesen fusilados los que cayeron prisioneros. (N. del T.)

(2) Nothomb, *Essai historique et politique sur la révolution belge*. Edicion cuarta, publicada por Th. Juste en 1876, que contiene una lista de toda la literatura respectiva.—Th. Juste, *Les fondateurs de la nationalité belge*.

como en efecto se convocó. En esta asamblea manifestóse desde luego el obstáculo principal que al cabo de quince años debia acabar con la union forzosa, y fué el clero católico, que acudillado por el obispo de Gante, Mauricio de Broglie, inició una agitacion violenta contra la constitucion holandesa. El gobierno procedió con rigor contra el prelado condenándole á la deportacion, y habiendo huido á tiempo, haciendo clavar su retrato en la horca, pero á pesar de esto la mayoría de la asamblea de notables, compuesta de 1,323 individuos, desechó por 796 votos la constitucion. El rey la dió por aceptada agregando los votos de los 280 miembros ausentes como votos afirmativos á los demás y declarando nulos 126 votos contrarios porque se habian fundado en lo inadmisibile del artículo de la constitucion referente al culto. Este procedimiento despótico no era muy á propósito para conciliar los ánimos y suavizar la resistencia de los belgas, aunque no hubiesen existido otros motivos para hacerles aborrecible la union. Entre ellos estaba la antipatía hácia la persona del monarca, Guillermo I, así por sus cualidades exteriores como por su carácter desconfiado, su avaricia y obstinacion. Por otra parte, en todo era preferida la Holanda, la cual en el parlamento, no obstante la inferioridad numérica de sus habitantes, tenia igual número de representantes que la Bélgica, es decir, 55, y pagaba menos contribucion que esta. En la administracion y en el ejército, donde la lengua oficial era el holandés, habia 317 funcionarios y jefes militares de alta categoría holandeses, y solamente 87 belgas, y lo mismo sucedia en materia de fomento y economia política, viéndose favorecida por ejemplo la plaza de Rotterdam á costa de la de Amberes. Ni siquiera supo el gobierno ganar las simpatías de la poblacion flamenca, tan afin á la holandesa que hasta el idioma solo se distingue en realidad mas por la ortografía que por otra cosa, pero la diferencia de religion, con la diversidad política y para el resto de la poblacion con la nacional, abrió un abismo entre los dos países. Sin embargo, el contraste religioso resultó ser el mas irreconciliable; la ira del partido católico no conoció ya límites cuando se vió tan repentinamente sujeto á una dinastía calvinista despues de haber contado por seguro el restablecimiento del estado antiguo en toda su pureza. La lucha abierta se declaró al tratar la cuestion de enseñanza. De la enseñanza se habian apoderado los jesuitas bajo el nombre de hermanos ignorantes (*frères ignorantins*); por lo cual el gobierno prohibió todos los establecimientos de enseñanza y de educacion que existian sin su licencia; dispuso, además, que en adelante todos los que quisieran dedicarse á la carrera eclesiástica habian de cursar dos años la facultad de filosofia en la universidad de Lovaina antes de ingresar en el seminario, y finalmente, declaró inhabilitados para todo empleo civil y eclesiástico á cuantos hubiesen hecho sus estudios en el extranjero. La tempestad que el clero belga levantó contra estas disposiciones fué tan grande que para aplacarla el rey tuvo que firmar un concordato, análogo al francés, con el sumo Pontífice en 25 de julio de 1827, concordato cuya ejecucion fué preciso suspender á los pocos meses por las divergencias que al instante se declararon sobre los diferentes comentarios á que se prestaba.

La lucha de partidos en Francia, en los dos últimos reinados, tuvo su reflejo en Bélgica. El partido liberal apoyó primero al gobierno por odio y miedo á los jesuitas, pero desde la caída del ministerio Villele, uniéronse los liberales y el partido católico ó clerical en un solo partido de oposicion constitucional. Los primeros pedían la libertad de la prensa y una reforma de los impuestos, y los clericales la libertad de enseñanza. El verdadero creador de esta fusion de los dos elementos opuestos era el opulento republicano Luis de

Potter, que por agitador fué condenado en 1828 á 18 meses de cárcel. Esta condena no entibió su entusiasmo, y cuando la hubo cumplido, proclamó abiertamente la simple union personal de la Bélgica con la Holanda, que fué el grito de guerra del partido belga y que le atrajo una nueva condena de ocho años de destierro.

El blanco principal del odio de los belgas era el ministro de Justicia Maanen, belga, y la obstinacion ciega del gobierno consolidó mas y mas la union de los liberales belgas con el partido clerical.

En esta disposicion de los ánimos llegó la noticia de la revolucion francesa, que aumentó la fermentacion, y el 24 de agosto estalló el movimiento. Aquel día era el cumpleaños del rey, y las autoridades se vieron en el caso de suprimir las diversiones populares de costumbre, porque antes habian aparecido en las esquinas pasquines que decian: «Lunes, fuegos artificiales; martes, iluminacion; miércoles, revolucion.» Para las clases acomodadas hubo ópera; mas por desgracia eligióse para aquel día la *Muta di Portici*, y las escenas de esta ópera inflamaron al auditorio, que á la salida del teatro se fué engrosando con turbas del pueblo. Estas turbas pasaron á destruir la redaccion del *National*, el periódico del gobierno; luego saquearon é incendiaron la casa del ministro Maanen, que huyó, y otros edificios del gobierno; la guarnicion, poco numerosa, se concentró en el palacio real. Para evitar mayores desgracias y restablecer el orden se formaron una guardia cívica y una junta, la cual envió una comision al rey, que residia en el Haya, para hacerle presentes los deseos del pueblo. El rey concedió al instante la convocacion de los Estados generales y la destitucion del odiado ministro Maanen. Entretanto habian llegado á las puertas de Bruselas los dos hijos del rey á la cabeza de un pequeño ejército. El mayor, el príncipe de Orange, joven vanidoso é irreflexivo, algo mas simpático á los belgas que su padre y su hermano, se dejó persuadir de los que le aconsejaron entrar solo en la ciudad, adornado con la escarapela tricolor de Brabante; y allí fué llevado á una asamblea de notables que le hizo prometer la independencia de la Bélgica conservando solamente la union personal con Holanda bajo un mismo soberano. El rey ratificó la promesa de su hijo, pero ya era tarde. La poblacion trabajada entretanto por emisarios revolucionarios franceses y por agentes del clero, no se contentó ya con esto, y la junta fué reemplazada por otra de opiniones mas radicales, en la cual figuró el republicano Potter, que á la primera señal habia vuelto de su destierro. Hubo encuentros sangrientos entre el pueblo y la guardia cívica, y cuando el príncipe Federico llegó con una division de 8,000 á 10,000 hombres, encontró la ciudad preparada para rechazarle. Una proclama de la junta desligando de su juramento á todos los belgas que servian en el ejército, quitó á los jefes la confianza en la clase de tropa, por cuya razon el príncipe no se atrevió á dar un ataque á las barricadas que le cerraban la entrada de la ciudad baja, y se dirigió á la parte alta. Desde allí hizo fuego sobre los sublevados que ocupaban la primera y que contestaron con sus fusiles; mas viendo al cabo de tres días que ningun resultado obtenia, se retiró otra vez, en la noche del 27 de setiembre.

Al día siguiente los Estados generales, que entretanto se habian reunido, aprobaron la union puramente personal de los dos reinos; pero el gobierno provisional revolucionario formado tres días antes, proclamó la separacion completa. El príncipe de Orange, que con plenos poderes del rey estaba con su ejército en Amberes, hizo entonces una tentativa algo ambigua, y segun opinion de algunos, animado por el papa, para ponerse en persona á la cabeza del movimiento revolucionario y conservar así, por lo menos, á su raza la Bélgica;

RESTAURACION Y REVOLUCION

pero mientras esto se negociaba fué tomando mayor incremento la revolucion, y el príncipe, comprometido y viendo desaprobada su conducta por su padre, hubo de dejar el ejército. Este se retiró á la ciudadela de Amberes, cuyo comandante, el general Chassé, contestó el 25 de octubre á la intimacion de rendirse que le hizo la revolucion, bombardeando la ciudad durante una porcion de horas con trescientas bocas de fuego y causando á los habitantes perjuicios inmensos. Con esta accion brutal quedó cerrado el camino de la conciliacion y hasta los belgas mas moderados y liberales que todavia conservaban fidelidad á la casa de Orange se pasaron al partido de los patriotas independientes.

Esta sublevacion, los desórdenes que ocurrieron en el curso del mes de setiembre en diferentes partes de Alemania y la visible aproximacion de un estallido en Italia, parecieron dar razon á Metternich, que acusaba á los franceses de haber desatado una nueva tempestad revolucionaria radical, evocando el principio estúpido de la soberanía popular en oposicion al derecho histórico, y haciendo con esto inevitable una lucha á muerte entre los dos principios; porque por sinceramente pacífico que fuese en adelante el gobierno francés no podia ya enfrenar permanentemente la propaganda revolucionaria, una vez que esta habia pasado los límites de la Francia y se habia comunicado á Bélgica.

El gobierno francés reorganizó á toda prisa y con toda su energía habitual su debilitado ejército; al propio tiempo aseguraba el ministerio por boca del conde de Molé á los representantes de las otras potencias, que desaprobaba decididamente la sublevacion belga, prometiendo impedir hasta donde pudiera todo auxilio de parte de la nación francesa, bajo la condicion, sin embargo, de que las demás potencias se mantuviesen neutrales, pues que en caso de intervenir alguna de ellas se veria obligada la Francia, aun contra su voluntad, á intervenir tambien.

El mundo político habia, pues, cambiado completamente. Diez años antes habíanse arrogado los monarcas absolutistas en el congreso de Troppau el derecho de intervencion en cualquier país donde el pueblo se levantara en defensa de su libertad, y á la sazón el gobierno francés, creado por una revolucion, oponia el principio de la no-intervencion, aun cuando la reclamara el soberano legítimo de un país, como sucedió efectivamente en el caso de la Bélgica.

Metternich protestó contra semejante principio diciendo que no era sino una protesta de incendiarios contra el trabajo del cuerpo de bomberos, y el altivo czar Nicolás no se contentó con esta reflexion teórica sino que contra el consejo de sus ministros y sin avisarlos hizo saber á todos los gabinetes que ponia 50,000 hombres en pié de guerra, y añadió en la comunicacion á su suegro el rey de Prusia que desde aquel momento consideraba reunidas las fuerzas prusianas á las suyas. Pero esta vez en Berlin, contra el poderoso partido feudal que como siempre ardia en servil entusiasmo ruso, sobre todo tratándose de defender al absolutismo contra la revolucion, preponderaron la sana razon y el buen criterio de Federico Guillermo III, el cual contestó á su yerno imperial que no obstante la probabilidad de una guerra, no creia prudente provocarla por su parte, si bien, á fin de estar apercibido para lo que pudiera sobrevenir y evitar que se comunicara el contagio á las provincias prusianas limítrofes á la Francia y á la Bélgica, escalonaba á orillas del Rhin tres cuerpos de ejército á las órdenes del príncipe Guillermo. A esta medida contestó el gobierno francés, en 31 de agosto, en términos corteses, que la concentracion de tropas prusianas en la frontera belga obligaria á la Francia á ocupar su misma frontera por el lado de Bélgica, aviso que produjo el deseado efecto, conforme el ministerio francés habia calculado.